

un aya, permanente, y no me puedo regocijar como una temporera. Las temporeras aquí se lo llevan todo por delante, ya lo veo ; pero por excelente que sea la pared que separa esta casa de la inmediata, no quiere decir que haya de andar por lo alto, yo ¿ comprende usted, señora Richards ?

CAPÍTULO IV

POR EL CUAL APARECEN ALGUNOS NUEVOS PERSONAJES
EN EL TEATRO DE ESTAS AVENTURAS

Aunque las oficinas de la casa Dombey é hijo estaban situadas en el corazón de la City (1) en medio de Bow Bells, cuyo clamoreo, sin embargo, resultaba cubierto muchas veces por el estrépito de las calles, á pesar de esto, aún podían hallarse señales de aventuras novelescas en algunos lugares de aquellas cercanías. Gog y Magog residían á diez minutos de distancia : la Bolsa estaba allí, inmediata : el Banco de Inglaterra, con sus bóvedas llenas de oro y plata, abiertas « en el suelo, entre los hombres muertos » se contaba entre los magnificentes vecinos. En la esquina de la calle se encontraba la Compañía de Indias Orientales, con su exhibición maravillosa de telas y pedrería, tigres y elefantes, pipas y sombrillas, palmeras, palanquines y personajes principescos sentados con las piernas cruzadas y con zapatillas puntiagudas encima de riquísimos tapices. Por las inmediaciones se presentaban á la vista las muestras

(1) La City, parte central de Londres, la ciudad antigua que aún hoy tiene personalidad administrativa municipal propia.
(N. del T.)

de tiendas, pinturas de barcos prestos á salir para todas partes del mundo; almacenes abarrotados de toda clase de artículos, de tal manera que para proveerse de cuanto es necesario para la más lejana travesía, con media hora bastaba: muñecos de madera, vestidos con uniforme de guardia marina, á la antigua, y que de tiempo inmemorial acostumbran á poner en sus puertas los vendedores de instrumentos náuticos; guardias marinas cuya única ocupación parece ser la de observar el paso de los coches.

Propietario de una de estas efigies, que familiarmente se llaman *leñositos*, amo de uno de estos muñecos que él mismo quitaba y ponía en la acera, muñeco tieso con la pierna derecha avanzada como si diera un paso, no ciertamente muy gracioso, con zapatos de hebillas y chaleco enorme, en actitud de mirar con el ojo derecho á través de un desproporcionado antejo de larga vista — único propietario de esta efigie, muy satisfecho de ella, era un caballero ya de edad madura, que gastaba peluca de Gales y que en alquileres, contribuciones é impuestos había pagado por su muñeco más de lo que en muchos años gastan infinitos guardias marinas de verdad — y Dios sabe si hay guardias marinas en buques ingleses, que sin ascender á empleo superior llegan á viejos!

Las mercancías acumuladas en la tienda de este caballero consistían en cronómetros, barómetros, anteojos de larga vista, compases, mapas de navegar, sextantes, cuadrantes y cantidad de cuantos instrumentos se usan en la navegación de altura. Metidos en cajones, ó colocados en anaqueles, se veían multitud de objetos de cristal y de cobre, de aplicación desconocida para quien no estuviera iniciado en su

empleo, y que una vez cogidos era imposible acertar á poner en su sitio sin ayuda de un práctico. Todo estaba colocado en cajas, en estuches, ordenadamente, aprovechando los menores rincones, puestos encima de almohadillas ó apretados entre ellas como si se les quisiera proteger contra la obra de los efectos del cabeceo y balanceo de la nave. Tan excepcionales precauciones se habían tomado á fin de tener un lugar para cada cosa, para que todo se encontrase compacto, acomodado á los usos en la navegación, ajustado en cajas de todas formas (las había enteramente planas, otras casi planas, otras como estrellas de mar, otras aún más extrañas); tan minucioso era este orden, que la tienda misma parecía la cámara de un barco dispuesto á levar anclas y á partir, proveído de todo, en viaje de descubrimiento en busca de alguna isla desierta.

Contribuían á que resultase más efectiva esta apariencia no pocos detalles de la vida que hacía este vendedor de instrumentos. Como casi todas sus relaciones eran proveedores de la marina, no le faltaban nunca en su mesa verdaderas galletas de mar. Lo que más le gustaban eran las carnes en conserva y ahumadas, sobre todo con olor á cuerda de cáñamo. Las conservas en vinagre estaban puestas en grandes frascos, los cuales llevaban la inscripción: « Suministros de toda clase de provisiones para la marina ». Los licores estaban en botellas con cubierta de mimbre y sin cuello. En las paredes se veían dibujos de naves con enumeración de compuertas de tablas alfabéticas. En los platos, y como ornato de ellos, lucía el dibujo de la fragata *Tártara* á velas desplegadas. Las chimeneas estaban adornadas con caracolas, plantas marinas, musgo. El cuartito trastienda reci-

bía la luz por una vidriera abierta en el techo, como si fuera un camarote.

Tal era el interior en que este comerciante pasaba su existencia, casi lo mismo que un piloto, y acompañado de su sobrino Wálter, muchacho de unos catorce años, con cierto aire de guardia marina — para que todo cuadrara en aquel medio. — Llamábase este caballero Solomón Gills (familiarmente Sol), y á la verdad, vivía en un medio casi marítimo, pero él no tenía aspecto marítimo. Prescindiendo de su peluca al modo de Gales, lo más al modo de Gales que se ha visto jamás, con la cual claro es que se hallaba muy lejos de parecer un bravo pirata, era evidente su carácter sosegado y tranquilo, revelado por su modo de hablar y por su manera de proceder, á compás y medida. Sus ojos vivos parecían dos lucecillas vistas á través de la bruma; siempre estaban como si acabaran de despertarse, como si aplicados constantemente á instrumentos de óptica, al mirar luego de modo natural les pareciera todo pálido. El único cambio verificado por Solomón Gills en su exterior, la única modificación que desde tiempo inmemorial al presente se le conocía, era el haber reemplazado un viejo traje de color de café, de largos faldones y botones brillantes, por otro traje igualmente de color de café excepto el calzón que esta vez era de color pajizo. No prescindía de una indispensable chorrera en la pechera de la camisa; no le faltaban nunca de la frente unas gafas, del número uno, y jamás carecía el bolsillo de su chaleco de un enorme cronómetro, de cuya precisión estaba tan firmemente persuadido, que antes hubiera creído en la existencia de una conspiración de todos los relojes de la City tramada contra él, y hasta, si era preciso, en la complicidad del mismo sol. Tal

como se le veía á la sazón, se le veía siempre, ora en la tienda, ora en la trastienda, á espaldas del muñeco guardia marina, años tras años. Con toda exactitud se recogía por la noche en una especie de guardilla tan poco adecuada para aposento que, á veces, cuando los demás vecinos de Londres ni sospechaban siquiera tiempo de aguas, el buen Gills se encontraba sumido en gran tormenta.

Son las cinco y media de la tarde, de un día de otoño, en el momento en que el lector hace el conocimiento de Solomón Gills. Éste mira la hora en su cronómetro. Hace cosa de media hora que, según la costumbre, ya no hay nadie en la City; los ómnibus desfilan hacia los barrios del Oeste llenos de pasajeros. « Van quedando limpias las calles », según la expresión de mister Gills. Amenaza lluvia. Todos los barómetros de la tienda están en baja, y algunas gotas de agua brillan ya en el sombrero apuntado del muñeco guardia marina.

— ¡Cosa más rara! — dice Solomón Gills metiendo nuevamente el reloj en el bolsillo; — ¡media hora hace que está esperando la comida y Wálter no parece!

Vuelve mister Gills detrás del mostrador, mira por encima de los instrumentos á la calle, pero no ve que su sobrino venga. No, no lo reconoce entre las gentes que pasan por la acera cubriéndose con los paraguas. Aquí está un joven, sí; pero no es Wálter, es un muchacho repartidor de periódicos, cubierto con su impermeable, que no tiene prisa y se entretiene en escribir su nombre, con el dedo, por bajo del de mister Gills en la mojada chapa de cobre colocada en la puerta.

— Si no supiera que mi sobrino me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

siado para escapárseme y alistarse de grumete sin decírmelo, ya me tendría con cuidado; — pensaba mister Gills al tiempo que daba con el revés de sus dedos en dos ó tres barómetros. — Si, ya empezaría á impacientarme. ¡Bien! ahora llueve fuerte... ¡es lo que faltaba!

— Me parece; — añadió mister Gills soplando para quitar el polvo del cristal de una brújula, — que tú haces como mi sobrino, no tienes inclinación á la trastienda, y eso que se halla al Norte clavado. No discrepa ni la vigésima parte de un grado.

— ¡Hola, tío!

— Hola, sobrino, contestó el óptico volviéndose. — ¡Cómo! ¿Eres tú? ¿Efectivamente eres tú?

Efectivamente era él, Wálter, un muchacho de cara alegre, más fresco por la lluvia que había recibido al volver á casa, facciones regulares, brillantes ojos y cabello rizado.

— ¡Bien, tío! ¿Cómo ha pasado usted el día, todo el día, sin mí? ¿Está lista la comida, eh? ¡Tengo un apetito voraz!

— Aviado estaría yo — contestó amistosamente el tío, — si no pudiera pasar un día sin un tunantuelo como tú. En cuanto á la comida, señor mío, hace media hora que espera. De modo que si tú tienes apetito, yo no lo tengo menos.

— Adelante, pues, tío, — exclamó el chico, — y ¡hurra por el Almirante!

— Llévese el diablo á tu Almirante; — replicó el tío; — lo que tú quieres decir es ¡hurra por el lord Mayor!

— No, no; — tornó á decir el chico. — ¡Hurra por el Almirante, hurra por el Almirante! ¡Adelante!

Á esta palabra de mando, la peluca de Gales y su

amo fueron arrastrados sin resistencia á la trastienda lo mismo que si hubiesen dado un asalto á la cabeza de quinientos hombres, y pronto tío y sobrino se encontraron frente á un pescado frito y ante la perspectiva de una excelente carne asada.

— Al lord Mayor, Wálter; — dijo brindando Solomón. — ¡Por siempre! Nada de Almirante: lord Mayor, desde hoy, que es tu almirante.

— Eso cree usted; — repuso el sobrino moviendo la cabeza. — Su porta-espada es más almirante que él. Al menos saca la espada algunas veces.

— Y con arrogante ademán; — repuso el tío. — Atención, Wálter, atención. ¿Qué ves encima de la chimenea?

— ¡Cómo! ¿Quién ha puesto mi vaso de plata colgado de ese clavo?

— Yo, yo lo he puesto. Se acabaron los vasos de metal. Desde hoy bebemos en copas de cristal. Somos hombres de negocio y formamos parte de la City. Entramos en la vida esta tarde.

— Enhorabuena, tío; — contestó Wálter. — Estoy dispuesto á brindar por cuanto usted quiera, y mientras pueda hacerlo á la salud de usted. Á su salud, tío Sol, y hurra por el...

— Lord Mayor, — añadió Solomón.

— Lord Mayor (1), síndicos, concejales y contribuyentes asociados. ¡Guarde Dios su vida muchos años!

El tío movió la cabeza dando señal de gran satisfacción. — Y ahora — añadió, — hablemos de lo que concierne á la casa de comercio.

— Respecto á la casa, querido tío, — repuso el jo-

(1) Lord Mayor, título del Alcalde de Londres; es decir, de la parte central ó City. (N. del T.)

ven equilibrando el tenedor en el cuchillo, no puedo decir más sino que es una serie de escritorios bastante tristes. En el despacho donde me han colocado hay un enorme guardafuego, una gran caja de caudales, una porción de carteles de barcos que se alistan para zarpar, un almanaque, unos cuantos pupitres y taburetes altos, un frasco de tinta, algunos libros, algunas cajas, algunas telarañas, de las cuales una, justamente encima de mi cabeza, tiene un moscón tan seco que, evidentemente, no está allí desde ayer.

— ¿Y no hay nada más? — preguntó el tío.

— Nada más. Es decir, sí, hay una jaula vieja (¡de dónde habrá salido esta jaula!) y un cubo de carbón.

— ¡Pero, hombre! ¿No hay libros de comercio, libros de cheques, letras de cambio, cartas-órdenes; en fin, todo ese material correspondiente al tráfico diario, á la riqueza de esa casa? — añadió Solomón mirando con intención á su sobrino y dejando caer con énfasis sus palabras.

— Sí, supongo; — contestó con indiferencia el muchacho; — pero también hay de eso en el despacho de mister Carker, en el de mister Morfin y en el de mister Dombey.

— ¿Estaba hoy mister Dombey? — preguntó Gills.

— Todo el día; no ha hecho más que ir y venir.

— ¿No se habrá fijado en ti?

— Sí, me ha visto, se ha acercado á mi sitio — hubiera preferido yo que estuviera menos solemne y estirado — y me ha dicho: « ¿Es usted el hijo de mister Gills, óptico de marina? » « Su sobrino », le contesté respetuosamente. « Su sobrino, es lo que he dicho, joven. » — « Pero créame usted, tío, lo que dijo él fué *hijo*; lo juraría. »

— No, muchacho; entenderías mal. En fin, esto no tiene importancia.

— No, no tiene importancia, y me parece que no era motivo para que se formalizase poniéndose tan serio. En seguida me dijo: — Su tío me ha hablado por usted y he hallado para usted un empleo en la casa. Cuento que será usted cuidadoso y puntual en el servicio. — Y con esto me volvió la espalda y se fué. Me parece que no le he gustado mucho.

— Lo que tú quieres decir es que él no te ha gustado á ti gran cosa; — observó hábilmente mister Gills.

— Puede ser; — contestó riendo el muchacho. — ¡No se me había ocurrido!

Al concluir de comer estaba Solomón algo más preocupado, y de cuando en cuando miraba atentamente á la cara del chico. Concluida la comida, y despejada ya la mesa (había sido servida de un restaurant inmediato), encendió Solomón una vela y bajó á un pequeñito sótano; su sobrino, sin descender por los escurridizos escalones, le alumbró con la vela lo mejor que le fué posible; el tío reapareció con una botella de vino cubierta de tierra y polvo.

— ¡Cómo es esto, tío! — exclamó Wálter. — Ese es el famoso Madera. Pues ya no quedará más que otra botella.

Solomón movió la cabeza como diciendo: ya lo sé; y, destapando silenciosamente la botella, llenó dos vasos y la dejó encima de la mesa junto á otro tercer vaso vacío.

— La otra botella, Wálter — dijo por fin el tío, — te la beberás tú cuando te hayas hecho rico, cuando hayas conseguido fortuna y seas hombre respetado y dichoso; cuando el camino que se abre delante de ti hoy te haya conducido á una situación en que obten-

gas la recompensa de tus esfuerzos. ¡ Así lo quiera el cielo ! ¡ Á tu salud, sobrino !

Sin duda había entrado por la garganta del viejo Solomón algo de aquella bruma que turbaba su vista, pues su voz aparecía como ronca. Temblaba su mano al chocar el vaso con el de su sobrino ; pero, llevándolo á sus labios, bebió bravamente saboreando la bebida.

— Querido tío ; — dijo el muchacho disimulando como mejor pudo las lágrimas que la emoción traía á sus ojos ; — por el honor que usted me dispensa, etc., etc., propongo un brindis por mister Solomón Gills, con sus tres tiempos y otro de añadidura. ¡ Hurra ! y cuento con que usted me corresponderá cuando llegue el día de destapar la otra botella, ¿ eh ?

Volvieron á levantar los vasos y aún no había probado el vino, lo gustó dándose aires de inteligente en la materia y mirando al trasluz para examinar el color.

Su tío le contempló breve rato en silencio. Luego, habiendo cruzado su mirada con la de su sobrino y como si continuara una conversación interrumpida, dijo :

— Ya lo ves, Wálter ; para mí es una cuestión de hábito este comercio. Me he acostumbrado á él tanto que me faltaría algo en la vida si me deshiciera de la tienda ; pero en realidad aquí no se hace nada, absolutamente nada. Allá, cuando se usaba ese uniforme, continuó Gills señalando al muñeco guardia marina, — se podía hacer fortuna, y algunos bien la han hecho. Pero luego, competencia y más competencia, inventos sobre inventos, cambios y cambios, me he ido quedando atrás ; ni sé yo mismo dónde me hallo ; menos sé por dónde andarán mis parroquianos.

— ¡ No diga usted eso, tío !

— ¡ Vamos ! hace diez días que has venido de Peekans, del colegio donde has estado interno. Hace diez días, ¿ es verdad ? Pues cuenta las personas que han entrado en la tienda : una.

— Dos, tío ; han entrado dos. Ha entrado un señor á cambiar una moneda de oro.

— Uno ; esa es mi cuenta.

— ¿ No se acuerda usted, además, de una señora que entró preguntando por el mejor camino para ir á Mile-End Turnpike ?

— Tienes razón, no me acordaba. Contamos dos personas.

— Es verdad que no han comprado nada ; — observó Wálter.

— Absolutamente nada ; — afirmó Sol.

— Que no tenían necesidad de nada ; — añadió el chico.

— De nada. Si hubieran necesitado algo habrían entrado en otra tienda ; — prosiguió Solomón tranquilamente.

— En fin, han sido dos personas, tío, — exclamó Wálter con aire triunfador, — y usted decía que una sola.

— Pues bien, Wálter, — dijo el respetable mister Gills después de una pequeña pausa, — no queriendo llevar la vida de aquellos salvajes que aparecieron en la isla de Robinsón Crüsoe, no podemos contar para vivir con sólo la visita de un hombre que entra á cambiar una moneda y la visita de una mujer que pregunta por el camino de Mile-End Turnpike. Como he dicho antes, el mundo ha seguido marchando y dejándome atrás. No me quejo de él, pero no lo comprendo, ni con mucho. Los comerciantes no son ya lo

que eran; los aprendices no se parecen en nada á los antiguos; los negocios son enteramente otra cosa. Siete octavas partes de estos géneros son ya cosas desusadas. He envejecido en una tienda que se ha hecho vieja y en una calle que ya no conozco. Me he ido quedando atrás del tiempo y soy ya viejo para adelantarme otra vez. Hasta el ruido que hace, más allá, en el camino, me confunde.

Wálter iba á decir algo, pero su tío le detuvo con la mano.

— Por esta razón, Wálter, por esta razón estoy ansioso de que entres prontamente en el mundo de los negocios, en el sendero del mundo. Yo no soy más que la sombra de este comercio; el cuerpo real se desvaneció hace ya mucho tiempo, y cuando yo no exista la sombra se desvanecerá también. Como evidentemente no hay ninguna herencia para ti, he pensado que lo mejor sería aprovechar en favor tuyo las pocas relaciones que aún me quedan y que conservo por costumbre. Hay quien se imagina que soy rico; me alegraría que fuese cierto por ti; pero por mucho que dejara, y por mucho que pudiera darte, en una casa como la de Dombey hay mucho que lograr y estoy seguro de que lo lograrás. Sé diligente, esfuérgate en llegar á una situación independiente y sé feliz.

— Haré todo lo posible, tío, por corresponder á su cariño; enteramente todo; — dijo el muchacho emocionado.

— Ya lo sé, — añadió Sol; — estoy seguro de ello. — Y se sirvió á sí mismo un segundo vaso del viejo vino de Madera, que se bebió con gran satisfacción. — En cuanto al mar, — prosiguió, — como ficción está muy bien, pero como realidad es otra cosa; no conduce á nada. Era natural que tus aficiones fueran

por este lado, puesto que has vivido siempre en este medio y te son familiares estas cosas marítimas; pero esto no conduce hoy á nada, absolutamente á nada.

Solomón Gills, sin embargo, se frotaba las manos con cierto secreto regocijo al hablar del mar, y miraba con expresiva complacencia á los objetos que le rodeaban.

— Por ejemplo, aquí tenemos este vi o, — continuó Sol, — que ha ido á las Indias Orientales y ha vuelto, yo no sé cuántas veces; hasta ha dado la vuelta al mundo. Imaginémonos cuántas oscuras noches habrá pasado, cuántos temporales y tormentas!

— Truenos, rayos y centellas, granizo y todo lo demás; — exclamó Wálter.

— Muy cierto — repuso Solomón. — Este vino ha pasado por todo eso: resiste y cruje el barco desde la quilla hasta la punta de los mástiles: silba y aúlla el vendaval entre cuerdas y velamen...

— Trepan á lo alto los hombres, esfuérganse en recoger velas, en liarlas á las vergas, mientras que el barco sube y baja en las olas como un loco! — dijo Wálter.

— Eso es — añadió Solomón, — eso es lo que ha visto la barrica en que estaba este vino. Acuérdate también de la *Sara-la-Bella*, que naufragó en...

— En el Báltico, á media noche; veinticinco minutos más señalaba el reloj del capitán que se encontró parado, en su bolsillo: yacía muerto el capitán al pie del palo de mesana — el catorce de febrero de 1749, — exclamó Wálter, con gran animación.

— Eso es, eso es — añadió Solomón con igual entusiasmo, — había á bordo quinientas barricas de este vino. Todos los marineros (excepto el primer piloto, el primer oficial, dos hombres y una señora

que se salvaron en un bote), toda cuanta gente había á bordo, bebiendo hasta caerse borrachos y cantando á coro el *Rule Britannia*, se hundieron con la nave en las aguas...

— Pero ¿y el *Jorge Segundo*, tío, que se estrelló en la costa de Corwalt, en medio de una gran tempestad, dos horas antes del amanecer, el cuatro de marzo de 1771? Había doscientos caballos á bordo, los cuales, rompiendo sus bridas desde el principio de la tormenta, precipitándose de una parte á otra, armaron tal estrépito y dieron gritos tan humanos, que la tripulación se imaginó en presencia de diablos y, perdiendo valor, hasta los más valientes, todos se precipitaron al mar: sólo dos se salvaron, para referir el desastre...

— Y otra vez — dijo Sol — cuando el *Polifemo*...

— Buque mercante, para las Indias Occidentales, trescientas cincuenta toneladas, capitán John Crown, de Delport, armadores Wiggs y Compañía; — dijo Wálter.

— Perfectamente; — añadió Sol; — se declaró fuego á su bordo á los cuatro días de haber salido de Jamaica, por la noche...

— Entre los tripulantes estaban dos hermanos; — interrumpió Wálter con viveza; — y como no había sitio para los dos en el único bote utilizable, ni uno ni otro querían ocupar aquel puesto. Entonces, el mayor cogió al menor por la cintura y le obligó á ocupar el sitio; pero el menor se puso de pie y dijo á su hermano: querido Eduardo, piensa en tu hogar y en tu novia: yo no tengo á nadie y nadie espera. Toma, pues, este sitio — y en seguida se echó del bote al mar.

Los brillantes ojos y la coloración del semblante

del muchacho, que se había puesto de pie exaltado por lo que decía, debieron traer á la memoria de Sol algo que se le había olvidado, ó tal vez turbaba sus ideas la niebla de que estaba circuido. Así, en vez de proseguir las anécdotas como, sin duda, había tenido la intención un momento antes, tosió con una tose-cilla seca y dijo: — Bien está: cambiaremos ahora de conversación.

Lo cierto era que el bueno de Solomón sentía una irresistible atracción á las maravillosas aventuras — con las cuales, en cierto modo, le había familiarizado su comercio; — y así había infundido una admiración semejante en su sobrino. En vano trató luego de borrar estas impresiones, cuanto hizo para desviar á su sobrino del amor á las aventuras, produjo un efecto contrario. Así sucede siempre. Escribid un libro ó relatad algo cuyo objeto sea, expresamente, retener á los niños en la casa y éstos no pensarán en otra cosa que en lanzarse á la mar: está probado.

Á esta sazón apareció un nuevo personaje en la tienda, un caballero, vestido de azul, de azul en amplio traje. Le faltaba la mano derecha y en su lugar se veía una especie de gancho: sus cejas eran negras y espesas; llevaba en su mano izquierda un bastón grueso, cubierto (no menos que su nariz) de nudos, una corbata de seda, mal arreglada, envolvía el cuello de la camisa, y las puntas de aquél, de un tamaño desmesurado, parecían dos petifokes. Para esta persona era evidentemente el vaso vacío, puesto en la mesa y no había duda de que así lo comprendía el visitante, pues sin ninguna vacilación después de quitarse la capa y de colgar de un clavo, detrás de la puerta, su sombrero de hule, cogió una silla y se sentó junto á la mesa. El tal sombrero de hule tenía

la particularidad de ser tan pesado, que con sólo ponerse le habría producido dolor de cabeza en cualquier persona algo delicada. En su propietario no causaba, evidentemente, jaqueca, pero sí una raya en la frente, que no desaparecía en largo rato. A este visitante llamábanle generalmente « capitán ». Había sido piloto, ó patrón, ó corsario, ó acaso las tres cosas; en fin, se veía en él un verdadero hombre de mar. Su cara, muy morena, pareció alegrarse al dar la mano, con un fuerte apretón al tío y al sobrino; pero, sin duda, era de carácter lacónico, pues sólo dijo:

— ¿Cómo va?

— Muy bien; — contestó mister Gills, empujando la botella hacia el marino.

Éste la cogió, la examinó, la olfateó y dijo con extraordinaria expresión:

— ¿Aquél?

— Aquel; — respondió el óptico.

El marino llenó un vaso, bebió un trago y pareció muy satisfecho, como si lo estimase á título de verdadera fiesta.

— Wálter; — dijo pasándose el gancho, en vez de mano, entre el pelo (mal sembrado) y señalando luego al óptico « mirala bien: ¡ Amor, Honor, Obediencia! Busca en el catecismo hasta que encuentres ese pasaje y después ya puedes volver la hoja. ¡ Buena suerte, muchacho

Tan contento estaba de que se le hubiera ocurrido aquella cita, que volvió á repetirla en voz baja, añadiendo que desde hacía más de cuarenta años no había repetido aquellas palabras.

— Pero cuando tengo necesidad de dos ó tres palabras, no me apuro en mi vida, ¡ eh! Gills; — observó el

marino; — y es que yo no malgasto el lenguaje como tantos otros.

Esta reflexión le recordó que quizá hubiera hecho mejor en imitar al padre del joven Norval « acrecentador de sus bienes ». Así, guardó silencio por un rato, hasta que el viejo Sol salió para encender la luz de la tienda. Entonces volvióse hacia Wálter y refiriéndose á su tío, dijo:

— Me parece que si se empeñase en ello sería capaz de hacer un reloj.

— No me extrañaría, capitán Cuttle; — contestó el joven.

— Y que andaría bien; — añadió el capitán Cuttle, trazando en el aire, con su gancho, una línea ondulada. — ¡ Ya lo creo que andaría!

Por un momento pareció sumido en la contemplación de aquel reloj ideal, mirando fijamente al muchacho en la cara como si lo tomase por la esfera.

— Es un pozo de ciencia; — observó el capitán señalando con el gancho en derredor de la tienda. — ¡ Ya lo creo! ¡ Qué colección, he! Agua, aire, tierra: todo está aquí. No hay más que pedir. ¿ Quiere usted subir en globo? ¡ Aquí está! ¿ Quiere usted descender bajo el agua en una campana? Aquí está. ¿ Tiene usted el capricho de pesar en una balanza la estrella polar misma? Pues se hará por complacer á usted.

Por las observaciones del capitán se comprende que si su admiración por aquellos instrumentos era profunda, no menos era de completa evidencia que su filosofía no llegaba á establecer una distinción entre los inventores de los aparatos y los vendedores de los mismos.

— ¡ Ah! — exclamó, con un suspiro, — delicada cosa es comprender todo esto... También es cosa de-

licada el no saber ni una palabra de ello! No sé lo que es mejor. Resulta sumamente agradable estar aquí, sentado, pensando que se le puede á uno pesar, medir, agrandar, electrizar, magnetizar, embrujar con verdaderos diablos... y todo esto sin que uno sepa cómo.

No menos que este maravilloso Madera, combinado con la ocasión (muy á propósito para desarrollar la inteligencia de Wálter), se necesitaba para que la lengua del capitán Cuttle se desatara en tan elocuente discurso. Él mismo pareció sorprendido de descubrir el manantial de las taciturnas delicias que por más de diez años venía experimentando al comer todos los domingos en aquella pieza. Quedóse luego silencioso y como ensimismado.

— Vamos, — exclamó al entrar de nuevo el sujeto de su admiración, — antes de tomar un vaso de grog, Eduardo, hay que concluir esta botella.

— Firmes; — dijo Eduardo llenando el vaso. — Sirvamos al chico otro poco.

— No; ya basta, gracias; — contestó Walter.

— Si, hombre, si, otro poco; — dijo Sol; — hay que concluir con la botella, á la salud de la casa Wálter, que existirá uno de estos días, ¿por qué no? Sir Richard Whittington se casó con la hija de su principal...

— Torna, pues, Whittington, Lord Mayor de Londres, y no te vayas nunca más; — interrumpió el capitán recitando un pasaje que le pareció de toda oportunidad. — Busca, busca en la Biblia, muchacho... (1)

(1) Whittington es un personaje casi legendario de Londres. Su existencia parece realmente comprobada, pero las leyendas

— Aunque mister Dombey no tenga hijas — añadió Solomón Gills.

— Si, si tiene una hija, tío; — observó Wálter riéndose y poniéndose algo colorado.

— ¡Una hija!... Ah, si, — repuso Gills; — es verdad, creo que tiene una.

— Estoy seguro, — continuó el joven, — porque se ha dicho algo á este propósito hoy, en la oficina. Y luego, con cierto misterio, añadió: — Se dice que no la quiere nada, que la deja enteramente en manos de la servidumbre, que no piensa en ella, y que tan preocupado está porque ya tiene un hijo asociado,

formadas en derredor de su nombre, son harto dudosas. Se dice que Whittington era un simple aprendiz en una fábrica de Londres y que supo enriquecerse hasta el punto de poder prestar á Enrique V cien mil libras esterlinas. Á su muerte dejó una porción de obras pías. También se le atribuye la fundación de la capilla del Guidhall. Dicese que siendo aprendiz y viéndose maltratado en la fábrica pensó marcharse de la ciudad y así lo hizo; pero habiéndose detenido en Highhate-Hill, entonces las afueras de Londres, y estando sentado en una piedra oyó el toque de las campanas en la torre de Bow y creyó entender que le decían:

Turn again Whittington
Thrice lord mayor of London.

lo que le decidió á volver efectivamente á Londres encomendándose á su suerte. La leyenda dice que Whittington fué ayudado en su encubramiento por un brujo que era su compañero en forma de gato: por esto se dice — ó se decía — de modo proverbial « Whittington y su gato ». Por eso también hay grabados antiguos en que representa á este héroe de la industria con un gato. Pero tal vez es más exacta la interpretación que del famoso gato de Whittington da la crítica: se trataba simplemente de un barco, llamado así, *el gato* base de la fortuna de su propietario, el personaje de quien hemos creído útil dar estas noticias, para la mejor inteligencia de nuestro texto. (N. del T.)

aunque todavía es una criatura, que se esmera en la contabilidad mucho más que antes. Hasta se dice que le han visto (por supuesto, sin que él lo notara) paseándose por los docks, examinando ansiosamente los barcos y mercancías y cuanto le pertenece como si ya se regocijase en poseerlo en compañía de su hijo. Esto dicen : ahora, yo no sé si será verdad.

— Ya ve usted como ha tomado informes ; — dijo Gills.

— ¡ Qué disparate ! — repuso el joven riendo y poniéndose más colorado. — No, tío ; no he hecho más que oír lo que decían.

— Se me figura que este chico se ha puesto en camino, como nos figuramos, Eduardo — dijo Sol, siguiendo la broma.

— ¡ Ya lo creo ! — dijo el capitán.

— Brindemos por Dombey é hijo.

— Sí : muy bien, tío ; — exclamó alegremente Wálter. — Y puesto que ha hecho usted mención de la hija y puesto que ha relacionado usted su nombre con el mío, propongo una enmienda á este brindis y pido que se diga : á la salud de Dombey é hijo... é hija !

CAPÍTULO V

PROGRESOS Y BAUTISMO DE PABLO

Protegido contra toda especie de contaminación por contacto con el linaje de los Toodle, Pablito iba creciendo, cada día más fuerte. De día en día también iba queriéndole más miss Tox, y este afecto no era tan apreciado por mister Dombey que ya éste reconocía en aquella señora un gran sentido natural y unos sentimientos que la honraban y merecían alguna recompensa. Ya no se limitaba sólo á saludarla de particular modo en diferentes ocasiones, sino que se dignaba manifestar por sí mismo este agradecimiento, por medio de su hermana. — Haz el favor de decir á tu amiga, que es muy buena — ó bien — Manifiesta á miss Fox, que le estoy muy agradecido. — Tales atenciones causaban al ánimo de aquella distinguida señora una impresión profunda.

Miss Tox solía asegurar á mistress Chick que « nada en el mundo le interesaba tanto como el desarrollo de aquel amado infante » ; y no tenía necesidad de decirlo, porque con sólo observar la manera de proceder de miss Fox, se veía bien claro. Presidía con inefable satisfacción á las inocentes comidas del joven heredero y parecía compartir con la nodriza